

La burocracia y el Dr. Kaplan



FUNDADO EL 6 DE JUNIO DE 1961
OFICINA Y TALLERES:
18 DE SEPTIEMBRE N° 470 — FONOS 1303
ADM. PROPIETARIA: NORA IGLESIAS ROJAS
DIRECTOR: ALFREDO MARTINEZ ZORA
SABADO 28 DE SEPTIEMBRE DE 1968

GRATA VISITA

Por primera vez Arica recibirá mañana la visita de la Escuela Naval "Capitán Arturo Prat" con todos sus efectivos, de acuerdo a un plan de acercamiento a las comunidades de la zona norte del país de parte de este Instituto, en conmemoración de su sesquicentenario.

La Escuela Naval fue creada según Decreto Supremo del General don Bernardo O'Higgins, el 4 de agosto de 1818, bajo la denominación de "Academia de Guardiamarinas". El año 1945 adquirió su nombre actual, como homenaje perenne al héroe máximo de la homérica jornada de Iquique.

Su trayectoria es parte de la vida misma del país, porque está unida a su historia y a su desarrollo, en una forma que es un motivo de orgullo para todos los chilenos. Como crisol de virtudes ciudadanas, allí se han formado brillantes oficiales de la Armada, que han dado renombre a la Patria, por sus intrépidas y heroicas acciones.

Se ha dicho en muchas oportunidades que el futuro de Chile está en el mar, y esta afirmación se ha hecho axiomática, de tal manera que la Escuela Naval adquiere para el país un extraordinario simbolismo, no sólo como cuna de relevantes tradiciones y depositaria de una herencia gloriosa, sino también como una esperanza proyectada hacia un porvenir de grandeza.

En esta oportunidad, interpretando el sentir del pueblo de Arica —como vocero de la opinión pública—, "La Defensa" se complace en presentar un cordial saludo de bienvenida a su Director, Capitán de Navío don Oscar Buzeta Muñoz, distinguido Jefe y Oficiales, Profesores, Cadetes y demás personas que integran esta selecta embajada.

Seguros estamos de que la simpatía de esta ciudad hacia la Escuela Naval habrá de traducirse además en expresiones vibrantes de admiración ante el paso gallardo y viril prestancia de los jóvenes guardiamarinas, que llegan a poner una nota de regocijo en el ambiente local.

Previsión cara y deficiente

CUALQUIER proyecto de ley que se refiera a la previsión social está destinado a provocar verdaderas guerrillas políticas y parlamentarias. Pero muy pocos, inclusive los que han sido favorecidos con alguna medida "previsora", se atreven a reconocer que en esta materia vamos mal.

Por muchos años hemos estado proclamando que Chile es uno de los países más avanzados en materia de leyes sociales. Acabamos de sacar a relucir que la ley de la silla fue dictada en una época en que el resto del mundo predominaba un criterio esclavista. Mediante esa ley se les permitía sentarse de vez en cuando a los empleados de tiendas, para evitar las variaciones o el anquilosamiento de las extremidades. Después vinieron la jornada de ocho horas, el feriado obligatorio, el pago de las horas extraordinarias de trabajo, las indemnizaciones de diversa índole. Más adelante se han ido agregando beneficios que representan en numerosos casos la pugna de diputados y senadores para demostrar quién saca más. Por eso es que las más favorables leyes para

los obreros y empleados son tramitadas en forma acelerada en los períodos electorales. Algunas veces han sido objeto de estudios serios, responden a numerosas necesidades humanas y a un espíritu de independencia jurídica, como la ley de la silla que hizo disminuir notablemente el ausentismo; los abonos de años de servicios por trabajos pesados o en ambientes venenosos; la protección de la madre y el niño y en cierto aspecto la inamovilidad para evitar despidos arbitrarios.

Lo cierto es que Chile no se ha quedado atrás y envía delegaciones oficiales a cuanta conferencia se estructura con el patrocinio de la OIT o de otros organismos. Aprueba conclusiones y adhiere a los acuerdos. Cómo se van a cumplir y con qué, es un problema que parece no quitar el sueño a nadie. Por eso es que algunas maravillosas conquistas exhiben sus anhelos y objetivos solamente en el papel y no se cumplen. Y en ciertas épocas se hacen compañías para demostrar el desequilibrio: los empresarios desearían ser empleados antes que patronos, al observar que el control de

La burocracia ha sido y es en Chile, mas que nada, en las últimas décadas, un Estado dentro de otro Estado. Concentra en sus manos mas poder e influencia que los mismos Presidentes de la nación y su acción es mas absoluta y discriminatoria que la peor oligarquía de la historia. Amarga, insensible y soberbia, los desamora de la Patria, a la inverosímil tragedia de la lenta tramitación, en figura para cualquiera, inicia fura o solicitud un papelec esteril. Transfigura un acto rutinario en una burla deliberada. Cuando no es fingidamente obsequiosa, resulta incomparablemente insolente.

Quiénes interpretan así sus funciones de empleados públicos creen que las sinecuras financiadas con el producto de contribuciones y tributos de las gentes que trabajan, fueron creadas para ellos, para su personal disfrute y explotación; suponen que los gobernantes, los ciudadanos y el país entero, están subsumidos a sus pasiones, caprichos e intereses. Infortunadamente, con fundidos con burocratas y asesores, están los verdaderos servidores del Estado. Los que silenciosamente, según el vulgar decir, queman sus pestañas para cumplir con su deber y son guardadores de aquellas tradiciones peraltianas que hicieron grande a Chile en sesenta años de verdadera democracia. Lo único que deseamos es trasplantar ese culto honoroso de la Administración Pública a este tiempo moderno, con las más sugestivas y trascendentales reformas estructurales, sociales y económicas.

Con perdón por este parentesis, volvamos al tema crucial de la burocracia. Los jefes de servicios llegan hasta el despacho presidencial, conversan con el Jefe del Estado, reciben sus instrucciones y le aseguran que las observarán fielmente. Aún no se han retirado de La Moneda cuando ya piensan evadir el compromiso y hacer las cosas como a ellos les agrada.

Todos los Presidentes de Chile en este "siglo de las luces" han sido víctimas de la burocracia. Y todos han pretendido arreglar este mal. Desde don Arturo Alessandri, muy ladino y que conocía perfectamente las alternativas de la condición humana hasta el actual Jefe del Estado.

Sin embargo, la burocracia continúa invencible y poderosa, desafiante. Cayó un 14 de Julio la Bastilla en Francia, pero la burocracia sigue inabordable en Chile.

La burocracia sigue en medio de su mundo enmarañado de archivos, reglamentos, genuflexiones, oficios, decretos, leyes, circulares, memorandos, memoriales, tarjetas de recomendación, y



todos esos legajos, que son trasunto de un régimen administrativo anticuado, que solo sirve para mantener los privilegios. Sin embargo, esta presta para cobrar cargas tributarias y agobiar a los elementos de la producción física e intelectual.

Es un sueño transformar esa burocracia reaccionaria e ineficaz en una Administración Pública expedita, competente, en efectivo servicio al país y al ciudadano. Un nombre como Portales lo tiene una nación cada doscientos años. Su gloria de gran chileno es imitabile.

Conozco bien a los burocratas. Una vez uno de ellos me conversaba de los aumentos de sueldos que podría percibir. Cuando indiscreitamente le señalé su mesa atiborrada de papeles, fue lo suficientemente franco para decirme: "cuando un funcionario piensa en sus rentas, el público puede esperar..." Y tenía casa propia, automóviles, hermosos receptores de radio, una de las mejores bodeguillas de licores de la ciudad. ¡El público podía esperar!

Ahora la burocracia ha cometido el crimen de la AMEL.

Galdoseopio

DOS POEMAS DE FLORIDOR PEREZ

En Mortandad, Los Angeles, hay una pequeña escuela rural. Floridor Pérez, profesor, enseña en ella a leer y a vivir. Junto a la docencia, su poesía. Todo junto, para citar sus propias palabras. Con sus treinta años, con su compañera, con sus hijos y con su libro "Para saber y cantar" (1965), es "tanta cosa y un poco de silencio".

Su carrera literaria se hizo pública en 1968, al obtener el Primer Premio en el Concurso Cuarto Centenario de Osorno. Desde entonces, año a año, viene agregando largos premios a su gran poesía.

La infancia es su primer libro. Luego, en los diversos poemas que ha publicado, irrumpen la adolescencia, apasionada. Ahora está la madurez, amarga, plena de vida y de muerte. Conscientemente, los poemas de este período trascienden en una búsqueda, sino de la felicidad, al menos del encuentro consigo mismo. Es como si intentara definir la condición humana a través de la ternura y el escepticismo.

Floridor Pérez es integrante del Grupo Arúspice, de Concepción. Dirige, en Los Angeles, la página literaria del diario "Tribuna".

Los dos poemas que publicamos, "Resurrección" y "Canción de Cuna para el Hijo Natural", pertenecen al capítulo "Escribir en la Piel", de su último libro inédito.

RESURRECCION

El venía de lejos. ¿De dónde, de tan lejos, más lejos que mi edad, siglos antes del día en que conocí su madre venía él entre antepasados y fantasmas?

¿Pero es siquiera eso, mi hijo, nuestro hijo, o el hijo de un bisabuelo muerto antes de engendrarlo? Padre de mi padre pudo ser. El azar. El esqueleto del azar, su rostro, eso es lo que somos, compañera.

Vida y muerte recobrarían en él su buen sentido: el giratorio de las estaciones que ruedan flor a fruto, y sin equivocarse o lamentarlo vuelven a ser semilla, mientras la casa cae de sus adobes y regresa como un cuerpo a la tierra.

CANCION DE CUNA PARA EL HIJO NATURAL

Cazador mal herido, furtivo y maltrecho vine a (verte) y en la semioscuridad de la jaula eras todo aleo, pero qué iba a volar mi pesadumbre, antes reptando la soledad de la calleja me arrastré dieciocho años en dirección a esa (ventana) iluminada por la lámpara de lágrimas de una joven (ven) pálida,

Como si nada hubiera pasado como si nada pudiera pasar salvo este encuentro a medías inesperado en el submarino de una noche de agosto naufragado tú, yo desterrado, tratando de salvarnos en un abrazo de enternecidos (dos sobrevivientes).

Era el primer encuentro del padre y del hijo y el no supo qué partido tomar (espíritu) pues la angustia paseaba como Pedro por su casa el día en que cargué sobre mis hombros tu (presencia) no como el jornalero, mas como el dromedario: para siempre.

Errores tipográficos

Desde que don Juan Gutenberg imprimió la primera galerada en 1451, la industria editorial se ha visto afligida por los errores tipográficos. La mayor parte de los editores que aún conservan el pelo, lo tienen blanco, lo cual se debe a estas pequeñas fallas humanas de trocar una letra por otra, de omitir un acento, de suprimir o aumentar una consonante o una vocal, de trabucar una sílaba.

La errata es como el catarro. Así como la ciencia médica ha progresado a pasos agigantados, y en la actualidad puede realizar sorprendentes trasplantes de órganos y combatir los más extraños virus, pero no es capaz de curar un vulgar catarro, así también la industria tipográfica cuenta ahora con portentosas máquinas que imprimen, estampan, cortan, doblan, encuadernan y forran miles de ejemplares por minuto, pero el gremio no ha podido eliminar del todo a la errata. Esas erratas que son como las espigas en un suculento filete de lenguado, al que se ha preparado con todo primor y aderezado con las más exquisitas salsas.

Hay algo de diabólico en la errata. Originalmente la comete un linotipista —junto con muchas otras, pues errare humanum est— pero siempre hay una que se hace invisible y logra escapar una y otra vez del escrutinio del corrector de pruebas, del propio autor y aún del mismo editor, que no se fía ni de su padre. Las erratas van siendo descubiertas y eliminadas con una feroz tachadura. Muchas veces la supresión de una origina la aparición de otra al corregirse la línea en que vino al mundo. Mas a pesar de que las pruebas se examinan y enmiendan hasta el cansancio, siempre hay una, una maldita errata que permanece agazapada y que salta a la vista, obscena y triunfal, cuando el libro se abre por primera vez en las manos trémulas de quienes le dieron vida. Esto es algo tan desesperante como tener un hijo con dos cabezas, por más cuidados que se hayan puesto en la concepción, el embarazo y el parto.

Hasta hace relativamente poco tiempo, era usual incluir una página al final del libro, en que bochornosa, pero honestamente, se hacía relación de las erratas atrapadas a última hora, cuando ya resultaba muy difícil o antieconómico efectuar la enmienda y repetir la impresión de la plana. A este apéndice se le llamaba "Fe de Erratas".

Se decidió suprimirlo universalmente cuando apareció un libro —muy costoso por cierto— bajo el rubro de "Fe de Ratas".

Después, las principales casas editoriales optaron por aumentar el número de correctores de pruebas, comprarles gafas a los antiguos y hasta ofrecer una prima de mayor o menor cuantía por cada pifia que se descubriera. Pero ni por esas. A la errata sólo la destruirá la bomba de hidrógeno, y para entonces habrá dejado de tener importancia.

Desde el punto de vista del autor, la errata también es humillante. Ahí nos tienen ustedes, a la gente de tecla, exprimiéndonos el cerebro y consultando el diccionario, cazando sinónimos y puliendo frases, a fin de que nuestra prosa salga lo menos indigesta posible, para que a la postre surja un engendro de cuya paternidad no somos responsables.

En ocasiones yo he escrito "molizos", que en la página impresa, inexplicablemente, se ha convertido en "mestuzos". "Caucas" que se volvieron "cencas", y "chinos" que se tornaron "chivos". Señoras que dieron a luz con "facimada" y no con "fencimada", como yo dije originalmente. A un personaje francés, de "gao" me lo convirtieron en "gato". Y en un pequeño país del Caribe, de cuyo nombre no quiero acordarme, hubo que incinerar una edición de 3.000 ejemplares de un libro en que se llamaba a la esposa del dictador de turno "la primera cama de la República".

Hay ciertas palabras que tienen un sino verdaderamente fatal. Siempre que se emplean aparecen con ligeras deformaciones que les dan un sentido equivoco, cuando no francamente prohibido por la Ley de Imprenta. Algunos autores a propósito las escriben erróneamente, para ver si el linotipista se equivoca y compone el vocablo como debe ser. Pero cuando esto ocurre, el ojo de águila del corrector de pruebas no falla: agarra al vuelo el desacierto del linotipista, tacha la palabra correctamente escrita y la sustituye por el camelo empleado en el original, garantizando así la aparición de la inmortal errata en el texto definitivo.

Uno de estos vocablos funestos es precisamente la palabra "camelo". Verán ustedes cómo me la convierten en camello.

MARCO A. ALMAZAN